



**Asamblea General**

PROVISIONAL

A/43/PV.10

30 de septiembre de 1988

ESPAÑOL

---

Cuadragésimo tercer período de sesiones

ASAMBLEA GENERAL

ACTA TAQUIGRAFICA PROVISIONAL DE LA DECIMA SESION

Celebrada en la Sede, Nueva York,  
el jueves 29 de septiembre de 1988, a las 10.00 horas

Presidente: Sr. CAPUTO (Argentina)  
más tarde: Sr. ESSY (Côte d'Ivoire)  
(Vicepresidente)  
más tarde: Sr. CAPUTO (Argentina)  
(Presidente)

- Premio Nobel de la Paz
- Discurso de Su Excelencia el Sr. François Mitterrand,  
Presidente de la República Francesa
- Discurso de Su Excelencia el Sr. Paul Siya,  
Presidente de la República del Camerún
- Debate general [9] (continuación)

Declaraciones formuladas por:

Sr. Nwachukwu (Nigeria)  
Sr. Mocumbi (Mozambique)  
Sr. Andreotti (Italia)

---

Este documento contiene la versión taquigráfica de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. El texto definitivo será reproducido en los Documentos Oficiales de la Asamblea General.

Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada, e incorporadas en un ejemplar del acta, dentro del plazo de una semana, a la Jefa de la Sección de Edición de los Documentos Oficiales, Departamento de Servicios de Conferencias, 2 United Nations Plaza, oficina DC2-0750.

Se abre la sesión a las 10.25 horas.

PREMIO NOBEL DE LA PAZ

El PRESIDENTE: Doy la palabra al Sr. Secretario General.

El SECRETARIO GENERAL: Sr. Presidente: Quiero comunicarles una noticia que estoy seguro será motivo de orgullo y satisfacción para la Organización.

El Comité del Premio Nobel me ha comunicado hoy su decisión de otorgar el Premio Nobel de la Paz para 1988 a las Fuerzas de las Naciones Unidas para el Mantenimiento de la Paz. Al otorgar el premio a nuestras Fuerzas el Comité reconoce que la búsqueda de la paz es una empresa universal de la humanidad que compromete a todos los países y a todos los pueblos del mundo.

Los éxitos recientes de las Naciones Unidas no han sido repentinos ni fortuitos, sino más bien el resultado del trabajo persistente y la dedicación a lo largo de muchos años de las actividades de mantenimiento de la paz de la Organización.

El premio es un tributo a los ideales de todos los que han servido a esta Organización y en particular al valor y al sacrificio de todos aquellos que han contribuido y continúan contribuyendo a las operaciones de mantenimiento de la paz.

El PRESIDENTE: Antes de ofrecer la palabra al primer orador quiero también sumarme a lo que entiendo es la satisfacción de todos nosotros; una satisfacción compartida por todas las delegaciones ante las Naciones Unidas, debido al otorgamiento de este Premio Nobel de la Paz a las Fuerzas de las Naciones Unidas para el Mantenimiento de la Paz.

Desde la fundación de nuestra Organización, estas operaciones han representado una contribución principal y efectiva al logro de la paz en numerosos enfrentamientos, así como a la prevención de conflictos, y en general, al avance de los principios y propósitos de la Carta.

La nueva atmósfera internacional ofrece la posibilidad concreta de un papel aún más amplio para el sistema de seguridad colectiva, del cual las operaciones para el mantenimiento de la paz constituyen un instrumento fundamental.

Celebramos entonces con alegría esta importante distinción e interpretamos el Premio Nobel de la Paz 1988, creo que con justicia, como un tributo a las Naciones Unidas, a sus ideales, propósitos y principios, y - quiero decir también - a su Secretario General, Don Javier Pérez de Cuéllar, cuyos inteligentes y dedicados esfuerzos han representado sin lugar a dudas un elemento esencial, vital, para la creación de este nuevo contexto internacional del cual somos todos testigos.

DISCURSO DE SU EXCELENCIA EL SR. FRANCOIS MITTERRAND, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FRANCESA

El PRESIDENTE: La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República Francesa.

El Sr. François Mitterrand, Presidente de la República Francesa, es acompañado al salón de la Asamblea General.

El PRESIDENTE: En nombre de la Asamblea General tengo el honor de dar la bienvenida a la Asamblea General de las Naciones Unidas a Su Excelencia el Sr. François Mitterrand, Presidente de la República Francesa a quien invito a hacer uso de la palabra.

El Presidente MITTERRAND (interpretación del francés): Sr. Presidente: Mis primeras palabras serán para rendir homenaje a la prudencia de este cuadragésimo tercer período de sesiones de la Asamblea General, que al elegirlo ha puesto de relieve la estima que se le debe, el lugar eminente que ocupan la Argentina, y en general la América Latina, en el mundo de hoy. Agrego que siento profundamente un gran honor al hacer nuevamente uso de la palabra ante esta Asamblea.

Quiero felicitar a las Naciones Unidas por esta noticia que acabamos de escuchar de que a sus Fuerzas para el mantenimiento de la paz les ha sido otorgado el Premio Nobel de la Paz.

Cuando ocupé hace cinco años esta tribuna el mundo estaba dominado por el enfrentamiento Este-Oeste, la multiplicación de los conflictos regionales, la profundización de la brecha entre el Norte y el Sur, los reiterados atentados contra los derechos humanos y los derechos de los pueblos. ¿Acaso han desaparecido estas realidades? ¿Nuestro planeta se orienta decididamente en el sentido de la

unidad y la paz? No pretendo que así sea. A pesar de que los años pasan me parece escuchar demasiado a menudo las mismas palabras para las mismas vanas ilusiones y muy a menudo ver cómo se agitan las mismas esperanzas para las mismas desilusiones. Las expectativas de muchos pueblos quedan sin respuesta. Quedan, dos siglos después de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, muchas bastillas a tomar, libertades a conquistar, derechos a garantizar; pero, sin embargo, aquí y allá se esbozan progresos; lo que parecía paralizado para siempre, se mueve. ¿La esperanza recuperará su derecho de ciudadanía en la sociedad humana?

Sabemos lo que debemos a los señores Reagan y Gorbachev, que han tenido la inteligencia y el valor de poner fin a la carrera de armamentos, a las pujas exacerbadas del enfrentamiento. Del mismo modo, los adversarios enfrentados en diversos conflictos regionales sea por que hayan comprendido los límites de su accionar y el deterioro de sus fuerzas, sea que hayan apreciado de distinto modo el interés de sus pueblos, sea que hayan querido contribuir al movimiento general de disminución de las tiranteces, procuran liberarse del drama que han vivido.

Expreso mi agradecimiento a los hombres y a las mujeres amantes de la paz de todas partes del mundo que no han dejado de actuar en este sentido y, entre ellos, quiero pronunciar el nombre del Secretario General de las Naciones Unidas, el Sr. Pérez de Cuéllar, sin cuya idoneidad, perseverancia, disposición constante y recursos culturales no hubiéramos llegado hasta aquí.

Por primera vez desde la segunda guerra mundial las dos más grandes Potencias han comenzado a explorar la senda del desarme. Es preciso decirlo. Su acuerdo sobre la eliminación de las fuerzas nucleares de alcance intermedio, norteamericanas y soviéticas, en Europa, es un buen acuerdo. En nombre de Francia lo he aprobado sin vacilar desde el primer día. Espero ahora que los Estados Unidos y la Unión Soviética, tal como lo han previsto ellos mismos, avancen en la reducción de sus armamentos nucleares estratégicos. Si las negociaciones que realizan conducen a acuerdos conforme con las reglas imperativas del equilibrio y el control, la seguridad de todos será considerablemente fortalecida.

Huelga decir que estas cuestiones son de inmensa importancia; pero, como Jefe de un Estado europeo, se comprenderá el lugar prioritario que asigno a la reducción de los armamentos clásicos o convencionales acumulados en Europa y, de manera asimétrica, en detrimento de Europa occidental.

Deseo fervientemente que los 35 participantes en la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa aborden lo antes posible el fondo de esta negociación. Al cabo de medio siglo se nos ofrece la oportunidad sin precedentes de lograr un equilibrio estable a un nivel inferior de armamentos, suficiente y razonable. ¿Se logrará? Eso dependerá de la voluntad política de los Estados interesados. Pero pregunto: ¿quién ha de asumir la responsabilidad de descartar a priori esta oportunidad?

El objetivo es fácil de formular: que cada uno pueda defenderse, como tiene derecho, sin amenazar a nadie. Pero ¿cómo proceder? Me permito sugerir algunos elementos de respuesta.

Ante todo, velar porque ningún ejército, ninguna coalición de ejércitos disponga, en la zona donde se enfrentan el Este y el Oeste, de medios que les permitan lanzar de improviso un ataque sorpresivo ni librar una guerra prolongada. Y para ello convendría prever en esta región medidas de reducción, retiro y desconcentración de tropas y materiales - tanques, carros blindados, artillería, puentes móviles y otras técnicas de transporte -, y de limitación de las reservas y existencias.

Luego, al preparar procedimientos de verificación y de inspección previniendo la posible violación de los Tratados, estas nuevas medidas de transparencia y de confianza vendrían a complementar valiosamente los Acuerdos de Helsinki.

Mi país ha tomado una serie de iniciativas para la definición de las zonas en que se aplicarían estas limitaciones, la relación entre nuestro nuevo parque militar y el extranjero y los límites que se aplicarían a la fuerza de cualquier país con respecto a la totalidad. Al cabo de dos años se procedería a un examen del estado de la negociación. Si no hubiera resultados ¿quién podría impedir a cada uno recobrar su libertad de acción?

Un resultado favorable abriría vastas y nuevas perspectivas para el futuro de Europa, sobre la cual aún pesan onerosamente las consecuencias de la última guerra mundial. Todos nosotros, europeos del Este o del Oeste, pertenecemos a un mismo continente y tenemos un patrimonio cultural común. La historia y la geografía nos invitan a superar pacientemente, por todos los medios posibles y a los efectos de promover la seguridad y los intereses de todos, el enfrentamiento de los bloques hostiles.

En cuanto a las armas químicas, cuya devastación por desdicha nos ha tocado verificar recientemente, hay que eliminarlas cuanto antes. Justamente, en este mismo recinto el Presidente Reagan se refirió a ellas el lunes pasado, y lo hizo en términos vehementes y acuciantes, reflejando nuestras propias preocupaciones, y en forma tanto más oportuna cuanto que su país dispone de este tipo de armas. He tomado nota con idéntico interés de que la Unión Soviética, que también dispone de armas químicas, ha apoyado este proyecto.

Las propuestas de Francia, que no posee armas de esta índole, abarcan tres aspectos: primero, mi país, depositario del Protocolo de Ginebra de 1925, obviamente propicia la reunión de sus 110 signatarios. El propósito de la reunión sería una reafirmación solemne del compromiso de no utilizar armas químicas, de impedir su proliferación, de alentar que nuevos países accedan al Protocolo y de mejorar los procedimientos de investigación; en suma, de manifestar el deseo común de que los trabajos realizados actualmente en Ginebra en el contexto de la Conferencia de Desarme se vean coronados por el éxito.

Segundo, mi país desea acrecentar el papel de las Naciones Unidas en la lucha contra la proliferación y la utilización de las armas químicas. En 1982 Francia había patrocinado la resolución que permitía al Secretario General diligenciar las investigaciones en las regiones del mundo donde se habrían utilizado armas

químicas. Este procedimiento ha confirmado ya el uso efectivo de estas armas. Vayamos más lejos: queremos una situación que haga que ningún Estado utilice impunemente armas químicas para solucionar sus problemas externos o internos. Si no, pienso que entre otras medidas se impondría un embargo sobre todo el suministro de productos, tecnologías y, en general, armas a ese Estado. Francia, tras consultar con sus asociados, está dispuesta a presentar un proyecto de resolución en este sentido, sin prejuzgar sobre las sanciones que disponga el Consejo de Seguridad.

Tercero y último - y es algo que quiero destacar particularmente -, no solamente debemos prohibir la utilización de las armas químicas, sino también su fabricación. El peligro de la extensión y la proliferación de las armas químicas nos obliga a forzar la marcha para destruir las existencias y a mantener una estrecha vigilancia sobre los medios que podrían permitir que volvieran a acumularse.

Al firmar la convención, todo Estado poseedor de existencias de armas químicas se comprometería a destruirlas; pero, como a juicio de los expertos para llegar a ello serían necesarios muchos años, la amenaza química subsistiría.

Por esta razón pienso que se deberá cerrar las fábricas de armas químicas tan pronto como la convención entre en vigor y someterlas, junto con las existencias, a la vigilancia internacional mientras no sean desmanteladas. Francia declara desde ya su disposición a renunciar a toda posibilidad de producir armas químicas tan pronto entre en vigor la futura convención.

Desde luego, la proscripción de las armas químicas no se debería imponer a unos mientras otros, en especial las potencias nucleares, tendrían para sí el campo libre y dejarían de perseverar en su voluntad de desarme en el plano nuclear.

En este sentido, quiero recordar que en septiembre de 1983 expuse desde esta tribuna las condiciones en que mi país aceptaría participar, llegado el momento, en una conferencia sobre desarme nuclear de las potencias poseedoras de esta suerte de armamento: la reducción decisiva de la brecha entre los arsenales de las grandes potencias y el nuestro; la cesación de la carrera de armamentos antimisiles, antisatélites y antisubmarinos; y una corrección del desequilibrio de las armas convencionales. Sostengo hoy lo mismo que dije en ese entonces.

Añado que los esfuerzos de desarme también se deben dirigir al espacio, patrimonio común de la humanidad. Por ello Francia se opone a que la carrera de armamentos se extienda a ese medio, apoyando siempre la utilización de medios espaciales de verificación.

Antes del Tratado sobre fuerzas nucleares de alcance intermedio (INF), cuyo alcance se corrobora día a día, las negociaciones sobre el desarme chocaban con el obstáculo de la verificación in situ. En junio pasado, en ocasión del tercer período extraordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas dedicado al desarme, se preconizó el control mediante satélites y mediante vigilancia automática, lo mismo que las inspecciones in situ denominadas "de rutina" o "a solicitud". Podemos definir en cada caso una combinación de medios de verificación adaptados a cada acuerdo sobre desarme; pero nada podrá hacerse sin la voluntad política de los Estados.

Paso ahora a los conflictos regionales. No puedo menos que celebrar la evolución que se aprecia en los acontecimientos del Golfo, la que ha comenzado en el Afganistán, la esperada en el Sáhara Occidental, en Camboya y quizás en Chipre. Puedo hacerlo tanto más cuanto Francia siempre se ha negado a reconocer los hechos consumados: jamás ha dejado de condenar la intimidación terrorista o militar, y ha exhortado incansablemente a que los conflictos se solucionaran por la vía pacífica.

Está lejos de mi ánimo subestimar los progresos alcanzados en los últimos meses. Sin embargo, compruebo que el acercamiento entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, si bien contribuye a la cesación de las hostilidades, todavía no es suficiente para que haya una paz duradera ya que subsisten las causas profundas. En este sentido observo que varias regiones del mundo escapan a la calma diplomática: el Oriente Medio, América Central - pese al Plan Arias y a la acción de los Grupos de Contadora y de Lima, que Francia apoya - y siempre, a pesar de las intermitencias, el Africa meridional, como consecuencia directa de la intolerable política de apartheid.



Es responsabilidad de la comunidad internacional consolidar lo logrado y contribuir a extinguir los últimos focos de violencia. Una vez silenciadas las armas, queda mucho por hacer: acuerdos por garantizar, heridas por cicatrizar, adversarios por reconciliar y economías por reconstruir.

De nada se virá cubrir de encomios la persona y la labor del Secretario General de las Naciones Unidas si posteriormente le escatimamos nuestro esfuerzo. Por supuesto, la paz tiene su precio. Se habla en un caso de enviar tropas, de organizar un referéndum en un determinado lugar o de poner en práctica, en otro caso, la ayuda para la reconstrucción. Naturalmente, todo esto debe ser financiado. Soy reacto a pensar que, tras haber sido tan pródigos en sus esfuerzos de guerra, los Estados, particularmente los más poderosos, se muestren mezquinos cuando se trata de los esfuerzos de paz.

En el Afganistán nadie puede darse por satisfecho con la sustitución de un conflicto internacional por una guerra civil. La evacuación de las tropas extranjeras debe allanar el camino para el restablecimiento de la soberanía de ese país, así como para el retorno de los refugiados y la reconstrucción económica, todo lo cual no será posible sin una vigilancia extrema.

Hago votos porque la cesación del fuego entre el Irán y el Iraq conduzca tan rápidamente como sea posible a una paz verdadera, a la solución de los conflictos, a la reconstrucción de las zonas afectadas y al restablecimiento de la libertad de navegación en el Golfo y en el estrecho de Ormuz.

La paz es contagiosa, y cada uno de los Estados y pueblos de la región recogerá los beneficios. ¿Cómo no pensar, en este instante, en la suerte de minorías doblemente hostigadas, como es el caso de la población kurda?

Aliento la esperanza de que prevalezca la conciliación en el Sáhara Occidental. Hoy podemos creerlo así. Se eliminará de ese modo un obstáculo para la construcción del gran Magreb portador de la paz y la prosperidad, cuyo plan aprueba Francia, confiada en la prudencia de los gobernantes.

En el Oriente Medio el levantamiento de la juventud palestina y las decisiones del Rey Hussein, de Jordania, han puesto de manifiesto que el statu quo ya no protege más a quienes se valen de él, a la vez que resulta mortífero para quienes lo padecen.

Volvamos a los principios básicos de un arreglo perdurable tales como los definidos por las Naciones Unidas. Todos los conocemos. Por mi parte, los expuse tanto desde la tribuna de la Knesset en Jerusalén como en las capitales árabes: Israel tiene derecho a vivir dentro de fronteras seguras y reconocidas, y el pueblo palestino tiene derecho a disponer de una patria y asumir por sí mismo su destino.

A los efectos de alcanzar la solución de paz que consagre estos derechos se impone el diálogo entre las partes. Cada uno, israelíes y palestinos, debe hacer lo suyo y aceptar para el otro lo que exige para sí, expresándolo claramente. Comprendo, claro está, que a veces es difícil dar el primer paso.

Para facilitar el diálogo y derribar el muro de la desconfianza, la comunidad internacional tiene obviamente un papel de intermediario que desempeñar. Existe un procedimiento: la Conferencia internacional, que es el único marco dentro del cual las partes verdaderas pueden reunirse y entablar contactos bilaterales.

La Conferencia internacional se ha transformado en un punto de referencia. Hagámosla una realidad. Hace un tiempo propuse que un comité preparatorio se ocupara de allanar el terreno. El Sr. Gorbachev estuvo de acuerdo con esta idea mía. Ha llegado el momento de volver a plantearla. Sugiero al efecto un acuerdo diplomático entre los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad, en unión con el Secretario General. Esta labor preparatoria deberá conducir a recomendaciones sobre la organización, el calendario y los participantes en la futura conferencia.

Francia, cuyos vínculos con el Líbano huelga recordar, no se resignará a que desaparezca la independencia y la unidad de ese país. Las Naciones Unidas son testigo de los obstáculos que se oponen en este caso para el libre ejercicio de la soberanía popular. Formulamos un llamado a la razón a los vecinos de ese país. Un Líbano reconciliado y pácífico no amenaza a nadie; un Líbano desgarrado y disputado será un foco de inseguridad para todos. Exhortamos a los libaneses a recurrir a su orgullo nacional y a su patriotismo, que le permitirán encontrar el coraje y la fuerza de creer en su país. Afirmo que Francia siempre estará al lado de quienes, dentro del respeto mutuo, luchan por un futuro democrático, así como por la integridad territorial y la soberanía del Líbano.

Más lejos, en el Lejano Oriente, Camboya parece llegar al fin de su calvario. La decisión anunciada por el Gobierno de Viet Nam de poner fin a su intervención, al igual que las iniciativas de los países de la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN), y la gestión de dirigentes como el Príncipe Norodom Sihanouk, pueden permitir el avance hacia una solución política.

Mi país, que facilitó el primer encuentro entre las partes interesadas en el problema camboyano, lo hará una vez más y confía en que sea próximamente. Si lo desean, estamos dispuestos a invitar a las partes involucradas a que se reúnan en París en el momento que convengan.

A esta altura de mi exposición deseo manifestar que nada me parece más importante, sea cual fuere la magnitud de los temas abordados esta mañana - el desarme y la solución de los conflictos regionales -, que superar la brecha, que no deja de ensancharse, entre los países desarrollados y los países en desarrollo. Las causas son múltiples: políticas, sociales, económicas, demográficas, financieras, etc. Han adquirido una gravedad tal que muchos caen en la tentación de desechar cualquier posible remedio.

Ese no es el caso de Francia. Desde hace siete años - y por cierto que no soy el único - repito que el Norte se beneficia ayudando al Sur, que no hay fatalidad, que el hombre puede siempre dominar los caminos del devenir y que existe urgencia. Veo en la permanencia de los desequilibrios actuales la causa más perniciosa de un inmenso infortunio que precipitará al mundo, seguramente más que ningún otro peligro, hacia un desorden sin límites como la guerra, peor que la guerra.

Sin embargo, la ayuda internacional, multilateral o bilateral, se estanca o retrocede. Francia - que entre los países industrialmente avanzados es el que dedica el mayor porcentaje de su producto nacional bruto a la asistencia al desarrollo - no se considera exenta de sus deberes: el objetivo del 0,7% sigue siendo su ambición.

En particular, la carga de la deuda exige una acción inmediata. Ya se han planteado diversas iniciativas interesantes por unos o por otros. Yo mismo propuse a los grandes países industrializados reunidos en Toronto flexibilizar considerablemente las condiciones de reembolso impuestas a los países pobres, y Francia, por su parte, ya ha optado por anular una tercera parte de sus créditos públicos con esos países. Este paso significativo no debe ser más que un comienzo.

Para otros países gravosamente endeudados, en América Latina, en Africa o en otras partes, la deuda representa igualmente una carga insoportable y constituye en algunos casos una amenaza para la democracia. Frente a esta situación, la comunidad internacional debe dar muestras de más realismo e imaginación. Toda deuda contraída debe pagarse, pero se puede reducir su costo sin transferir la carga a los contribuyentes de los países acreedores.

Es así que los Estados Unidos de América garantizaron el año pasado, mediante una operación audaz, una parte del capital de los préstamos comerciales de México. Varios países y numerosos expertos han pensado en crear un fondo multilateral que al garantizar el servicio de los intereses abatiría su costo.

Pero para Francia la mejor técnica consistiría en la creación de un fondo en la órbita del Fondo Monetario Internacional (FMI), encargado de garantizar el pago de los intereses con ciertos créditos comerciales convertidos en obligaciones. Este fondo reduciría significativamente las cargas financieras de los países deudores y los incorporaría más activamente al comercio mundial. Para financiarlo

los países desarrollados le reservarían la utilización de sus partes en una nueva emisión de derechos especiales de giro.

La puesta en práctica de este proyecto constituiría, estoy convencido, una innovación jurídica y financiera considerable; exigiría largos trabajos preparatorios y numerosas consultas entre los acreedores y con los deudores. Sin embargo, sólo ella parece estar a la altura de lo que está en juego.

Pero el desarrollo depende de muchas otras cosas.

Depende de la estabilización de los ingresos de exportación de los países del Sur, la diversificación y la revalorización de sus producciones. La Ronda Uruguay debería tener en cuenta esto.

Depende de la protección del medio ambiente, amenazado hace poco por los desechos industriales del Norte vertidos en el Sur, y la comunidad internacional tendrá que fijar las normas así como las precauciones necesarias.

Depende de una poderosa transferencia de tecnología y de conocimiento del Norte hacia el Sur, y quisiera a este respecto sugerir un enfoque nuevo inspirado en el proyecto denominado EUREKA para Europa, en el cual, junto con el impulso gubernamental, las iniciativas tomadas libremente por las empresas y las universidades culminarán en una cooperación de igual a igual.

Continúo mi breve lista con el lanzamiento de grandes proyectos de interés mundial, que puedan movilizar las energías al servicio de tal país o de tal región azotadas por la naturaleza o por la demencia de los hombres. Pongo el ejemplo de la estabilización de los ríos que inundan a Bangladesh, causa de una impresionante catástrofe, estabilización que proporcionaría la materia adecuada para un primer proyecto de este género. Francia está dispuesta a contribuir a él.

Hace dos siglos Francia inició una revolución, su revolución, que señaló el curso de la historia. Tomó posición en la batalla jamás ganada y siempre necesaria por más libertad, igualdad y fraternidad.

En momentos en que nos aprestamos a celebrar este bicentenario, defendamos, pues, más que nunca los derechos humanos, desde los más antiguamente reconocidos hasta los más nuevos, los derechos de la persona, los derechos de los pueblos, los derechos de la humanidad.

Corresponde hoy, ante ciertas situaciones de urgencia, de infortunio o de injusticia extrema, afirmar un "derecho de asistencia humanitaria".

El progreso económico y social, único fundamento sólido de la democracia, el peso moral de la opinión pública y una vigilancia sin pausa serán la mejor garantía de ella.

Hay muchos pueblos que ven aún negar sus derechos más elementales y hay muchos hombres, mujeres y niños cuya miseria es la única patria, y la falta de derechos el único horizonte.

Cabe preguntarse si no ha llegado el momento de tomar conciencia de que existen derechos de la humanidad y definirlos. Pienso en la defensa de nuestro medio natural ante las exigencias a veces irresponsables de la economía. Me ha alegrado escuchar al representante de la Unión Soviética que antes de 1992 se apruebe un plan sobre este tema. Pienso también en la defensa de la especie humana - asolada por la droga - frente a las posibilidades vertiginosas de la ciencia, y sobre todo de la genética.

La Conferencia de los Premios Nobel que reuní en enero de 1988 en París nos alertó sobre este punto: no es el conocimiento por sí mismo el que es peligroso, sino que son las aplicaciones de la ciencia lo que es necesario controlar, lo que es necesario dominar.

Con una responsabilidad proporcional al poder que tenemos ahora de transmitir a nuestros descendientes un patrimonio natural y genético intacto, vamos a fundar la ética del tercer milenio.

Aquí me detengo. Y, ya que con ustedes he considerado el porvenir, sueño con el día en que Europa, tal como trata de construirse, pueda un día con una sola voz expresar, como lo acabo de hacer, el lenguaje de la paz entre las naciones y la confianza en el destino de la humanidad.

El PRESIDENTE: En nombre de la Asamblea General agradezco al Presidente de la República Francesa la importante declaración que acaba de formular.

El Sr. François Mitterrand, Presidente de la República Francesa, es acompañado fuera del salón de la Asamblea General.

DISCURSO DEL SR. PAUL BIYA, PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DEL CAMERUN

El PRESIDENTE: La Asamblea General escuchará ahora el discurso que pronunciará el Presidente de la República del Camerún.

El Sr. Paul Biya, Presidente de la República del Camerún, es acompañado al salón de la Asamblea General.

El PRESIDENTE: En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a la Asamblea General de las Naciones Unidas al Presidente de la República del Camerún, Su Excelencia el Sr. Paul Biya, y le invito a que haga uso de la palabra.

EL Presidente BIYA (interpretación del francés): Sr. Presidente: Le agradezco las amables palabras que me acaba de dirigir al darme la bienvenida a esta Asamblea.

Permítame felicitarlo por su brillante elección a la Presidencia del actual período de sesiones, y formular votos para que bajo su conducción, los trabajos se vean coronados por el éxito.

Me resulta especialmente agradable saludar aquí calurosamente al Secretario General de las Naciones Unidas, el Sr. Javier Pérez de Cuéllar, que hemos tenido el placer de acoger en el Camerún al comienzo de este año. Como ustedes saben, el Camerún ha nacido de las Naciones Unidas. En consecuencia, está profundamente adherido a esta Organización, pues ella ha jugado un papel decisivo en su acceso a la independencia. Deseo expresar al Secretario General nuestro profundo reconocimiento por su desempeño al servicio de nuestra Organización, y al mismo tiempo renovar nuestro apoyo a los esfuerzos considerables que despliega en favor de la paz y de la cooperación internacionales, pese a las dificultades de la coyuntura mundial.

Es para mí también un placer en esta feliz circunstancia felicitar muy calurosamente a las Fuerzas de las Naciones Unidas para el Mantenimiento de la Paz, a las cuales se les acaba de conceder el Premio Nobel de la Paz.

Nos encontramos en el umbral del año 2000, etapa decisiva en el porvenir de la humanidad. Todos seremos responsables del buen o mal despegue de este nuevo milenio. Es deber de todos nosotros garantizar el porvenir de las futuras generaciones en las mejores condiciones posibles.

Si hiciéramos un balance rápido de la situación actual, las palabras que repetiríamos con mayor frecuencia serían: crisis, conflictos, pobreza, ignorancia, enfermedades, catástrofes e injusticia. Sin embargo, nunca antes los progresos de la ciencia y la tecnología nos han dado los medios que nos dan ahora para vencer la miseria y la enfermedad. Nunca antes los medios de comunicación nos habían permitido abolir las distancias. Tampoco la crisis política y económica había alcanzado nunca tal magnitud como la actual.

Hay que reconocer que las Naciones Unidas se esfuerzan por mejorar las relaciones internacionales, tanto en el plano económico como en el político. A pesar de ello, hay que reconocer que queda mucho por hacer todavía. Toda situación de conflicto constituye un obstáculo al progreso. El progreso pasa obligatoriamente por el entendimiento, la concertación y el respeto mutuo. Puesto que están inevitablemente vinculados, los Estados deben considerar a las Naciones Unidas como un territorio neutral en donde armonizar sus posiciones y resolver los conflictos de común acuerdo. Y esto es posible.

En el plano político, el nuevo ambiente imperante entre la Unión Soviética y los Estados Unidos constituye un ejemplo. El compromiso contraído por estas dos grandes naciones de rendir cuentas a la comunidad internacional, y especialmente a la Conferencia de Desarme, sobre la evolución y los resultados de sus negociaciones, representa una etapa decisiva en el camino hacia la paz.

La voluntad de acercamiento de las grandes Potencias nos deja entrever otros resultados alentadores. En el Afganistán, la retirada parcial de las tropas soviéticas nos permite abrigar esperanzas de que ocurran nuevos acontecimientos. En el Sáhara Occidental fue aceptado el plan de paz propuesto por el Sr. Pérez de Cuéllar. El conflicto fronterizo entre el Chad y Libia parece evolucionar hacia una solución negociada. Muchos Presidentes africanos han desplegado esfuerzos incesantes en busca de una solución pacífica. Un desenlace exitoso sería una gran victoria para ellos y para toda el Africa.

La situación en el Cuerno de Africa también parece alimentar nuestras esperanzas. Se debe alentar y apoyar los esfuerzos hacia la normalización de las relaciones entre Etiopía y Somalia. En cuanto a Angola, continúan realizándose en Brazzaville las conversaciones entre las partes interesadas. Deben continuar las conversaciones entre el Irán y el Iraq, tras el acuerdo sobre la cesación de las hostilidades en el mes de agosto.



En cambio, sigue en pie en Sudáfrica el odioso sistema de apartheid y, hasta la fecha, pese a las resoluciones 435 (1978) y 601 (1987) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Namibia se encuentra todavía con que se le niega su independencia. Una solución de ese conflicto permitiría a los Estados independientes de la subregión dedicarse en paz y seguridad a la reconstrucción nacional, comprometida por la agresión y el sabotaje económico de los ejércitos rebeldes de la Sudáfrica racista.

Nosotros continuaremos apoyando a cualquier pueblo que luche por una causa justa: la dignidad humana. Nuestras dificultades económicas actuales no deben impedirnos respetar nuestros compromisos contraídos con el Fondo Especial del Comité de Coordinación de la OUA para la Liberación de Africa y el Fondo AFRICA. Así también debemos continuar ayudando a los combatientes de la Organización Popular del Africa Sudoccidental (SWAPO), del Congreso Panafricanista de Azania (PAC), del Congreso Nacional Africano de Sudáfrica (ANC) y de los países de la línea del frente. Exhorto una vez más a todas las fuerzas de paz, a todas las naciones, a que ejerzan presión y adopten sanciones económicas globales y obligatorias contra el régimen racista de Pretoria.

La situación en el Oriente Medio es inquietante. El Camerún, que mantiene relaciones de amistad y cooperación con todos los Estados de la región, deplora el aumento de la violencia. Deseo sinceramente que el diálogo se imponga a la violencia y permita a todas las partes interesadas buscar una paz justa y duradera. Ha llegado la hora de que la comunidad internacional encuentre una solución adecuada.

Persisten numerosos focos de tirantez en América Latina y en Asia que todos deberíamos comprometernos a aliviar. Los resultados alentadores en el Sáhara, el Afganistán, Angola y el Chad son testimonio de que cuando deseamos verdaderamente encontrar una solución de transacción, podemos hacerlo. Se trata de quererlo lo suficiente. Se trata de hacer gala de buena voluntad.

Y es necesaria la voluntad de todos para resolver la grave crisis económica que sacude al tercer mundo. La concertación para encontrar solución a la pobreza en la que viven tres cuartas partes de la humanidad es tan necesaria y vital como lo es la búsqueda de solución a los conflictos. El balance económico de estos últimos años es desastroso y el desequilibrio se acentúa.

Los países ricos registran una prosperidad cada vez mayor, mientras que las riquezas naturales de los países en desarrollo ya ni les permiten garantizar las necesidades básicas de su población. A pesar de ello, los países africanos se han dado cuenta más que nunca de que ante todo tienen que contar con sí mismos y con sus propias fuerzas. A pesar de ello, y frente a esta situación tan grave, hemos tomado medidas de estabilización y reconstrucción a largo plazo. No queremos ser los que siempre recibimos ayuda. Hemos abandonado o revisado algunos proyectos de desarrollo y hemos tratado de reducir el tren de vida de nuestros Estados.

Algunas empresas se han visto obligadas a cerrar o a reducir sus efectivos. Todos estamos convencidos de que la situación es grave. En el período extraordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas dedicado a este tema se aprobó por unanimidad un Programa de Acción para la recuperación económica y el desarrollo de Africa, pero dentro del contexto de la crisis mundial la creación de grupos subregionales o la definición de nuestras prioridades a corto plazo resultan insuficientes para dar vigor a nuestro crecimiento y reducir la vulnerabilidad de nuestras economías.

Los precios de nuestros productos básicos han caído al nivel más bajo de estos últimos 50 años. Nuestras ganancias por concepto de exportaciones acusan un descenso alarmante mientras que los precios de los bienes de capital y de los productos elaborados que importamos no dejan de aumentar. Además, nuestros productos manufacturados tropiezan con el proteccionismo de los países industrializados del Norte. En conclusión, nuestra balanza de pagos acusa un déficit enorme, que se acentúa aún más por el peso de nuestra deuda externa y por los desórdenes monetarios.

Nosotros queremos pagar nuestra deuda pero no tenemos los medios para ello. Por consiguiente, es razonable y también indispensable que con nuestros acreedores examinemos las soluciones que nos permitan reembolsarlas sin que se asfixien nuestras economías.

Todo lo que se ha decidido para hacer frente a este problema chocó con un ambiente internacional hostil. Trabajamos más, nos administramos mejor, producimos mejor y aún así la caída brutal de los precios de las materias primas, la reducción de las corrientes financieras en favor del desarrollo, el enorme peso de la deuda, la inflación y los tipos de cambio fluctuantes, la ausencia del diálogo necesario para encontrar un nuevo orden económico más justo, son los motivos que frenan el progreso del continente africano y amenazan el futuro del mundo.

Como la estabilidad mundial interesa a la vez a los países desarrollados y a los países en desarrollo, esperamos que la comunidad internacional haga gala de una voluntad mayor y tome medidas concretas. Las decisiones adoptadas por algunos países desarrollados, como el Canadá y Francia, y las aprobadas en la reunión de los Siete en Toronto, constituyen un primer paso positivo.

No se trata de pedir caridad, sino de ayudarnos a resolver problemas serios, que nos afectan a todos. Todo el mundo se puede beneficiar con esto porque nada tiene efectos unilaterales.

Ayudar a los países en desarrollo a salir de la crisis crea nuevas posibilidades para los países industrializados, nuevos mercados para sus productos. De hecho, las soluciones existen; es necesario quererlas realmente.

En el plano político, las grandes Potencias han demostrado que cuando quieren, todo es posible. Ello también sirve para resolver la crisis económica; hay que tener voluntad para ello.

Para nosotros, las Naciones Unidas son el medio para ponernos de acuerdo y encontrar las soluciones. Las Naciones Unidas son el reflejo de la voluntad común de las naciones de evolucionar juntas. Las Naciones Unidas son un acercamiento. Las Naciones Unidas son una gran fuerza, una formidable herramienta de progreso. Sirvámonos de ellas juntos.

El PRESIDENTE: En nombre de la Asamblea General agradezco al Presidente de la República del Camerún la importante declaración que acaba de formular.

Su Excelencia, el Sr. Paul Biya, Presidente de la República del Camerún, es acompañado fuera del salón de la Asamblea General.

TEMA 9 DEL PROGRAMA (continuación)

DEBATE GENERAL

Sr. NWACHUKWU (Nigeria) (interpretación del inglés): Sr. Presidente: En nombre de la delegación de Nigeria deseo felicitarlo por su elección como Presidente de este período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Me es particularmente grato verlo ocupar este elevado cargo, debido a las muy amistosas relaciones entre nuestros dos países. Estoy seguro de que esta Asamblea ha de beneficiarse de las destacadas condiciones que usted ha de demostrar indudablemente en el cumplimiento de sus deberes. Permítame asegurarle la cooperación y el apoyo de Nigeria durante el desempeño de sus funciones.

Este período de sesiones se celebra en momentos en que ha mejorado considerablemente la atmósfera política internacional. Las Naciones Unidas han demostrado su valor como instrumento eficaz e indispensable en el arduo proceso de negociar los términos de arreglo de la mayor parte de los problemas regionales. Este es un indicio auspicioso para el futuro de las Naciones Unidas y de la humanidad. En este momento quiero felicitar al Secretario General por el papel destacado que ha desempeñado en la causa de la paz mundial y el fortalecimiento de las Naciones Unidas.

Hace apenas unas horas, fue conferido el Premio Nobel de la Paz de 1988 a las Fuerzas de las Naciones Unidas para el Mantenimiento de la Paz, máximo tributo que puede brindarse a nuestra Organización en estas circunstancias. Al mismo tiempo, es un acicate para que las Naciones Unidas se esfuercen aún más para mantener la paz. Como Presidente del Comité de Operaciones de Mantenimiento de la Paz, mi país siente el orgullo de haber tenido que ver con las operaciones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas.

La atmósfera económica internacional sigue siendo sumamente desfavorable para los países en desarrollo. Los índices de esta situación incluyen la constante declinación de los precios de los productos básicos, el empeoramiento general de los términos del intercambio, el problema del proteccionismo creciente, la cada vez mayor carga de la deuda y las corrientes de capital neto de estos países. Los países desarrollados no han demostrado suficientemente la voluntad política necesaria para abordar estas cuestiones, especialmente el problema de la deuda. Por cierto, el peso de la deuda ha pasado a ser un obstáculo fundamental para

nuestro crecimiento económico y nuestro desarrollo social. El diálogo Norte-Sur ha perdido impulso y, con ello, el deseo de examinar críticamente la forma en que opera el sistema económico internacional.

En ninguna parte se ha ejemplificado más vívidamente que en Africa el deterioro de la situación económica que enfrentan los países en desarrollo. La situación económica del continente sigue siendo gravísima. En nuestra decisión de mejorar nuestra propia situación económica hemos iniciado importantes reformas de nuestras economías nacionales. Muchos de nosotros hemos emprendido valientemente ajustes estructurales fundamentales con el propósito de revivir nuestra economía, estimular el crecimiento y promover el desarrollo.

Entre las medidas de reforma se incluyó la drástica devaluación de nuestras monedas, la reducción o la eliminación de los subsidios, la privatización de las empresas públicas y la reducción de nuestra burocracia. Estas medidas entrañan considerables riesgos políticos y costos sociales en virtud de los sacrificios que nuestros pueblos han debido realizar. Estas medidas demuestran, por cierto, nuestra voluntad de hacer todo lo posible para el desarrollo de economías autónomas.\*

El examen y la evaluación realizados a mitad de período con respecto al Programa de Acción de las Naciones Unidas para la recuperación económica y el desarrollo de Africa han demostrado que las graves dificultades económicas que enfrentan los países africanos han seguido básicamente sin resolver, habiéndose deteriorado en la mayor parte de los casos. Los aportes de la comunidad internacional a la aplicación del Programa no han estado a la altura de las expectativas de los países africanos. Sin embargo, cuando el Programa fue aprobado en el decimotercer período extraordinario de sesiones de la Asamblea General, hace dos años, fue aclamado ampliamente como una respuesta positiva de la comunidad internacional a los graves problemas económicos del continente africano.

Nigeria considera al Programa como una tarea que incumbe a la vez a los países africanos y a la comunidad internacional. En Africa estamos cumpliendo con nuestra parte del trato. Esperamos que la comunidad internacional cumpla con la suya.

---

\* El Sr. Essy (Côte d'Ivoire), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

En forma conjunta debemos hallar solución a los graves problemas económicos que enfrentan los países africanos, a través del alivio de la deuda, el acrecentamiento de la ayuda oficial al desarrollo y el apoyo a los acuerdos tendientes a estabilizar los precios de los productos básicos, de los cuales depende la economía de la mayoría de los países africanos.

El Gobierno de Nigeria enfrenta los problemas del desarrollo general de nuestra economía nacional con un valor y una dedicación sin paralelos en nuestra historia.

Nuestra estrategia se concentra en la modernización y la transformación de nuestra economía nacional. Con este fin hemos adoptado un Programa de Ajuste Estructural tendiente a mejorar el rendimiento de nuestra economía. La aplicación de este programa ha abierto oportunidades para nuestros ciudadanos y mejorado la atmósfera para las inversiones extranjeras en nuestro país.

En los dos años de su aplicación se han puesto claramente de relieve los obstáculos que impiden nuestro desarrollo. Fundamentalmente tenemos la falta de una adecuada corriente de financiación externa y el elevado costo de los productos manufacturados y las maquinarias importados. Estos problemas se han hecho más agudos por la aplastante carga de nuestra deuda y de las obligaciones derivadas de su servicio, como también por las enormes pérdidas en los ingresos provenientes de la exportación como consecuencia de la abrupta y constante declinación de los precios de nuestros productos básicos, con inclusión del petróleo. De esta forma, el desarrollo económico de Nigeria, como el de la mayor parte de otros países en desarrollo, continúa viéndose limitado por un ambiente económico internacional adverso.

Consideramos que los problemas económicos de los países africanos y de otros países en desarrollo ya no pueden ocultarse debajo de la alfombra. El fenómeno de un planeta en el que el 20% de la población vive en el lujo y la riqueza y las cuatro quintas partes restantes en una pobreza abyecta no puede garantizar la paz y la seguridad para la humanidad. Un mundo así tendrá pocas posibilidades de salvar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra y de promover los derechos humanos fundamentales y la dignidad y el valor de la persona humana.

Creemos que, a menos que la comunidad internacional tome más seriamente su obligación y su compromiso de establecer condiciones en que imperen la justicia y

el respeto por la dignidad humana, seguirá en peligro el objetivo fundamental de nuestra Organización: el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales.

En unas pocas semanas hemos de celebrar el cuadragésimo aniversario de la aprobación por las Naciones Unidas de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Desde su adopción, el mundo ha sido testigo de progresos tremendos en la materia, tanto a nivel mundial como regional y nacional. La única excepción en el avance universal del derecho de los individuos es Sudáfrica, donde una minoría blanca continúa pisoteando los derechos de la mayoría negra.



Cuando los africanos hablamos de la dignidad humana lo hacemos convencidos de que nuestra cultura reconoce como universales la intangibilidad de la vida y la libertad. Pensamos que dondequiera que se pisotee la dignidad de un ser humano en este planeta, toda la humanidad sufre un poco. Por ello denunciarnos al apartheid como un ultraje moral indefensible y políticamente inaceptable al mundo civilizado. El pernicioso sistema de apartheid sigue siendo una afrenta a la comunidad internacional. Lo que es peor, el régimen racista sigue desestabilizando a los Estados de la línea del frente del Africa meridional.

No sólo es desdichado sino lisa y llanamente inaceptable que este péfido régimen de Pretoria siga aplicando su malvada política con el apoyo activo de importantes Miembros de esta Organización. Si bien se nos dice con seráfica piedad que las sanciones no dan resultados, estos mismos países se apresuran a imponerlas a otros Estados con los cuales disienten. Exhortamos a los Estados Miembros a que se pongan por encima de consideraciones pecuniarias e impongan sanciones globales y obligatorias a este malvado régimen.

El Comité de Ministros de Relaciones Exteriores del Commonwealth para el Africa meridional, del cual Nigeria es miembro, ha suministrado pruebas incontrovertibles que corroboran que, en efecto, las sanciones sí funcionan. Sé que Sudáfrica ha venido sintiendo los efectos de las sanciones limitadas que algunos Miembros de las Naciones Unidas le han impuesto. Nos defrauda profundamente tomar conocimiento de que no sólo algunos países siguen comerciando desvergonzadamente con Sudáfrica, al tiempo que proclaman aborrecer el péfido sistema de apartheid, sino que algunos de ellos medran con las limitadas sanciones impuestas a ese Estado. Esta situación debe cesar.

Exhortamos a todos lo que brindan asistencia y apoyo a los racistas a que se plieguen al mundo civilizado para condenar al ostracismo a este Estado paria hasta tanto se instaure en Sudáfrica un régimen no racista. Nigeria seguirá apoyando a las fuerzas progresistas de dentro y de fuera de Sudáfrica que luchan por el desmantelamiento del apartheid. Esta es una decisión que comparten nuestro pueblo y nuestro Gobierno. Para los nigerianos, la negación de los derechos humanos fundamentales a la población negra sudafricana es un estigma para toda la humanidad. Por ello, ya en 1976, por ejemplo, los nigerianos aportaron a título individual y voluntariamente 15 millones de dólares de los Estados Unidos para apoyar a los pueblos de Africa meridional en su justa lucha por la libertad.

Los africanos somos generosos y sabemos perdonar. Cuando el bien triunfe sobre el mal en Sudáfrica, cuando la libertad prevalezca sobre la tiranía y la armonía sustituya a la discordia y a la disensión, los boers no serán víctimas de un racismo inverso como muchos de ellos temen; por el contrario, ellos, como todas las criaturas de Dios que habitan suelo africano, marcharán hacia adelante en libertad y armonía para bien de la especie humana. Tal es el meollo del Manifiesto de Lusaka aprobado por la Organización de la Unidad Africana (OUA) en 1969.

Instamos a que esta Asamblea convoque un período extraordinario de sesiones en 1989 dedicado al apartheid en Sudáfrica y las consecuencias perniciosas de la agresión sudafricana contra los Estados de la línea del frente y otros Estados vecinos. Esperamos que en ese período extraordinario de sesiones, se formulen nuevas estrategias para eliminar cuanto antes el sistema de apartheid.

Celebramos las actuales negociaciones sobre Angola y Namibia. Estimamos que debe permitirse a Angola desarrollarse según la línea que escoja. Es prerrogativa soberana de Angola, asimismo, garantizar su independencia. La reciente retirada de las fuerzas sudafricanas de Angola es tan sólo un retorno a la cordura, a la legalidad y al decoro internacional. Hace 10 años el Consejo de Seguridad aprobó unánimemente su resolución 435 (1978). La permanente ocupación ilegal de Namibia constituye no sólo una afrenta a las Naciones Unidas sino un desacato deliberado al Consejo de Seguridad. Sudáfrica debe retirarse de Namibia inmediatamente.

Es la ironía de nuestra época que un grupo de países, plenamente conscientes del grave peligro que supone para la vida y el ambiente, condone el vertimiento de desechos tóxicos y radiactivos o incluso aliente activamente su exportación a otros países. La comunidad internacional debe aceptar, como mi Gobierno ha dicho y propiciado activamente, que el vertimiento de desechos tóxicos y radiactivos es el equivalente moral de la guerra.

Nuestro Gobierno ha dejado perfectamente clara su posición al respecto y la ha complementado con una exhortación a la comunidad internacional, a los niveles subregional y regional, para que se promulguen leyes que disuadan de este ataque insensible e inaceptable a la vida y al ambiente.

A los niveles de la Organización de la Unidad Africana y de la Comunidad Económica del Africa occidental se han aprobado resoluciones firmes que disuaden la importación de estos peligrosos desechos tóxicos a nuestro continente y castigan a

toda persona u organización privada que colabore con intereses foráneos para transformar al Africa en un basurero de desechos tóxicos y radiactivos. En la reunión celebrada en julio en Rio de Janeiro por los países del Atlántico Sur, se tomaron medidas audaces para contrarrestar esta amenaza antes de que se torne totalmente inmanejable.

Recientemente también, en la reunión de Nicosia de Ministros de Relaciones Exteriores del Movimiento de los Países No Alineados se adoptó una declaración en que se condenó vehementemente el vertimiento de desechos tóxicos. Con el establecimiento de un "grupo de vigilancia", mi país colabora actualmente con muchos Estados Miembros de esta Organización en cuanto a la difusión de información precisa sobre la magnitud y la ubicación de los buques cargados de materiales tóxicos que surcan actualmente la alta mar. Hemos cooperado y también seguiremos contando con el excelente apoyo de organizaciones no gubernamentales que han dedicado su tiempo y sus recursos a la protección del ambiente.

Nigeria ha sido víctima de esta despreciable práctica. Entre agosto de 1987 y mayo de 1988, en la zona del puerto de Koko, en mi país, se vertieron clandestinamente desechos tóxicos. Mediante este acto se puso en enorme peligro al pueblo y al ambiente del puerto de Koko. Además, se perturbó la vida económica de la región. El Gobierno nigeriano actuó expeditamente para sacar de allí esos desechos tóxicos. Promulgó, además, leyes nacionales adecuadas contra el vertimiento de desechos tóxicos y radiactivos.

Nos complace señalar que varias delegaciones en este debate y otros foros han condenado este acto y han expresado su voluntad de luchar eficazmente contra él. Como punto de partida hemos exhortado a todos los Estados Miembros a que limiten las actividades de quienes se dedican al transporte transfronterizo de desechos. Exhortamos también a todos los Estados Miembros y organizaciones no gubernamentales a que adopten medidas de vigilancia contra el vertimiento de desechos.

Nos preocupan, asimismo, los efectos tóxicos y radiactivos de estas materias en el ambiente y nos preocupa también el posible uso hostil de estas sustancias. Nos place también que el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), en su trigésimo segundo período ordinario de sesiones, celebrado el mes pasado, condenara toda práctica de vertimiento de desechos nucleares y pidiera al Director General que estableciese un grupo de trabajo de expertos para elaborar un código para las transacciones internacionales que tuviesen que ver con los desechos nucleares. Exhortamos a la Asamblea General en su presente período de sesiones a que confiera a la Conferencia de Desarme el mandato de iniciar negociaciones respecto de un proyecto de convención sobre la proscripción de vertimientos de desechos radiactivos y tóxicos con fines hostiles.

En el Oriente Medio, tras cuatro decenios de ciclos endémicos de violencia e insensatas pérdidas de vidas, las Naciones Unidas finalmente han delineado un proceso de paz que de aplicarse fielmente tendrá posibilidades efectivas de llevar a la región una paz duradera. Apoyamos una conferencia internacional sobre el Oriente Medio patrocinada por las Naciones Unidas.

Otro tema que requiere una solución urgente compatible con la Carta es el relativo a Kampuchea. Nigeria seguirá esforzándose dentro de las Naciones Unidas y, particularmente, a través del Comité sobre Kampuchea, en aras de una solución aceptable para este problema.

La actual retirada de las fuerzas extranjeras del Afganistán ha demostrado lo que es posible cuando hay voluntad política. Esperamos que los Acuerdos de Ginebra sobre el Afganistán sean respetados por todas las partes.

Idénticamente, encomiamos las iniciativas de paz de los países de América Latina y Central. Instamos a la comunidad internacional toda a que apoye el actual proceso en pro de una paz duradera en América Central.

Durante el decimoquinto período extraordinario de sesiones de la Asamblea General - dedicado al desarme - tuve oportunidad de felicitar a ambas superpotencias por la concertación y ratificación del Tratado sobre las fuerzas nucleares de

alcance intermedio. Se trata de un acuerdo histórico, por ser la primera genuina medida de desarme nuclear tendiente a eliminar toda una categoría de armas. La declaración conjunta del Presidente Reagan y del Secretario General Gorbachev de que una guerra nuclear no puede ganarse ni se debe librar jamás, ha aliviado mucho a un mundo peligrosamente amenazado por la posibilidad de la autodestrucción.

Mi delegación, como otras que trabajaron arduamente para que culminase con éxito el período extraordinario de sesiones dedicado al desarme, se siente naturalmente defraudada porque no se haya podido convenir un documento de clausura. Pensamos, sin embargo, que la comunidad internacional no debe sentirse totalmente desalentada por tales reveses periódicos. Exhortamos a las superpotencias a que procuren hacer del desarme un proceso multilateral a través de las Naciones Unidas como complemento valioso y necesario de los esfuerzos bilaterales y regionales. Una esfera urgente de gestión multilateral es la negociación de una convención sobre las armas químicas.

Las realizaciones de las Naciones Unidas en sus 40 años de existencia han sido impresionantes. Las Naciones Unidas han contribuido sustancialmente al proceso de descolonización. De no ser por esta Organización, no hubiésemos tenido instrumentos ni marcos de responsabilidad, como códigos, convenciones, normas y principios que rigen actualmente las relaciones internacionales. Nos alienta que hayan resurgido la esperanza y la fe en nuestra Organización y nos alienta además el creciente deseo de recurrir a ella con el propósito fundamental de promover la paz y la seguridad internacionales.

Las Naciones Unidas son indispensables para todos los países del mundo, y nuestra presencia aquí, la de todos nosotros, lo reafirma. Mi país sigue siendo firme partidario de la Carta de las Naciones Unidas.

Sr. MOCUMBI (Mozambique) (interpretación del inglés): Es para mí un gran placer y una gran satisfacción tener el honor de felicitar al Sr. Dante Caputo por haber sido elegido Presidente de este período de sesiones. Su vasta experiencia en las relaciones internacionales y diplomáticas legitiman nuestras expectativas de que todos estos debates se vean coronados por el éxito. Le puedo asegurar que nuestra delegación está decidida a cooperar estrechamente con él en el desempeño de las responsabilidades que se le han confiado unánimemente. Aprovecho esta oportunidad para recordar la reciente visita del Presidente Chissano a su

hermoso país, la Argentina, durante la cual tuvimos oportunidad de estudiar la forma de fortalecer aún más las amistosas relaciones bilaterales que median entre nuestros países.

Asimismo, quisiera saludar al Presidente saliente, Su Excelencia Don Peter Florin, Viceministro de Relaciones Exteriores de la República Democrática Alemana, por la forma eficiente y laudable en que presidió las deliberaciones del cuadragésimo segundo período ordinario de sesiones y del tercer período extraordinario dedicado al desarme.

Quisiera asimismo aprovechar esta oportunidad para felicitar al Secretario General, Sr. Javier Pérez de Cuéllar, por su abnegación y denuedo en la búsqueda de soluciones a los problemas internacionales y en la promoción de un mejor entendimiento y cooperación entre las naciones.

Fue con suma satisfacción que tomamos esta mañana conocimiento de la reciente decisión de galardonar con el Premio Nobel de la Paz a las Fuerzas de las Naciones Unidas para el Mantenimiento de la Paz, circunstancia que representa un singular reconocimiento del destacadísimo y sin par papel que las Naciones Unidas desempeñan en la promoción de la paz.

La situación en Mozambique se sigue caracterizando por una guerra que se nos impone desde afuera por un lado, y por nuestra firme decisión de defender nuestra independencia y promover la paz y el progreso por el otro.

Cuando en el último período de sesiones de la Asamblea General Su Excelencia, Joaquim Alberto Chissano, Presidente de la República Popular de Mozambique se dirigió a la Asamblea General, se refirió a las matanzas, a la destrucción generalizada de la infraestructura social y económica y al número sumamente elevado de mozambiqueños desplazados dentro y fuera del lugar. En general, esta situación sigue imperando. Los actos criminales de los terroristas armados siguen difundiendo el dolor, la pena, el hambre y la inseguridad entre muchos mozambiqueños que quedan además sin techo. Pero ésta es sólo una cara de la moneda; la otra suscita un creciente optimismo en nuestro pueblo a raíz de las victorias que hemos tenido en los frentes militar, económico y diplomático.

En el frente militar nuestras fuerzas armadas han podido establecer la paz y la tranquilidad en varias partes de nuestro país que previamente se habían visto afectadas por los actos criminales de los terroristas armados. En este esfuerzo, el apoyo y la participación de los Estados de la línea del frente, especialmente Zimbabwe y Tanzania, continúan siendo importantes y sumamente apreciados. Igualmente digno de mencionar es la contribución de las fuerzas malawianas en la protección del ferrocarril de Nacala.

El Gobierno mozambiqueño tiene conciencia de que estos esfuerzos que intentan la eliminación del terrorismo deben complementarse con la adopción de otras medidas destinadas a integrar a los terroristas que se han arrepentido en la sociedad mozambiqueña. Como resultado de ello, la Asamblea Popular de nuestro país aprobó en diciembre de 1987 una importante ley denominada Ley de Amnistía. Por esta Ley se perdona a quienes han cometido crímenes, masacres y otros actos abominables perpetrados contra nuestro pueblo y el Estado. Como resultado de la aplicación de esta Ley a muchos terroristas se les ha concedido amnistía y han vuelto a la vida normal.

El nacimiento de la Ley de Amnistía traduce el carácter profundamente arraigado de la política humanitaria de clemencia adoptada por el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) desde la época de la lucha armada por la liberación nacional de nuestra patria.

En 1975, cuando se proclamara nuestra independencia, se dio la situación de que había algunos mozambiqueños que habían cometido, a incitación del colonialismo, crímenes odiosos contra nuestro propio pueblo o que habían colaborado con el sistema represivo colonial. Todos estos individuos se integraron en nuestra sociedad y hoy trabajan como ciudadanos en condiciones de igualdad con otros mozambiqueños en la reconstrucción nacional.

La Ley de Amnistía constituye una parte integral de nuestros esfuerzos de reconciliación, unidad y rehabilitación de aquellos mozambiqueños que se embrutecieron mediante el crimen y el terrorismo y que se habían convertido en instrumentos de nuestros enemigos. Estamos dispuestos a recibirlos en nuestro seno y a ayudarlos a que recobren su dignidad, sus derechos y sus deberes como ciudadanos de un Estado libre, independiente, soberano, no alineado y democrático.

Este proceso tiene lugar en momentos en que el pueblo mozambiqueño está dedicado a preparar el Quinto Congreso del Partido FRELIMO y está preparando la revisión de nuestra Constitución. Estos dos procesos constituyen un ejemplo del ejercicio de la democracia en nuestro país. Mediante ellos se fortalecerá la democracia en nuestro país y se robustecerán las libertades fundamentales de nuestros ciudadanos.

Somos conscientes de que nuestro proyecto y nuestro sueño de construir una sociedad pacífica y feliz son compartidos por el mundo y que gozan de las simpatías de la comunidad internacional en general.

Una manifestación de este sentir fue la visita de Su Santidad el Papa Juan Pablo II a Mozambique, que fuera recibido con mucho entusiasmo por todo el pueblo, independientemente de sus creencias religiosas, en una demostración masiva de unidad nacional. Esperamos que este mensaje de solidaridad y esos deseos de paz al pueblo mozambiqueño tengan fe en todo el ámbito mundial.

Estos esfuerzos son paralelos con las medidas de recuperación económica y social en las que nos hemos embarcado. Como hemos expresado reiteradamente en el pasado, la guerra de agresión contra Mozambique perpetrada por terroristas armados es la responsable del retroceso de nuestro desarrollo. Esto no sólo entraña desviación de esfuerzos y medios que debían destinarse a nuestra empresa de defender a nuestra patria, sino también que el sabotaje y la destrucción de la infraestructura socioeconómica eran los blancos preferidos de nuestros enemigos en aquella guerra. Quienes concibieron la estrategia de destruir a nuestro país, en primer lugar destruyeron nuestra base económica y en los últimos años se han embarcado en crueles masacres que han recibido por doquier la condena internacional. Como resultado de esta estrategia, la educación y la salud pública, que habían avanzado considerablemente en los primeros siete años de nuestra independencia, se enfrentan ahora con graves y numerosas dificultades, como puede observarse con las siguientes cifras: se han destruido 2.269 escuelas primarias, afectándose así a medio millón de alumnos y a 70 maestros; han sido asesinados, secuestrados o mutilados 400 maestros; se han destruido 22 escuelas secundarias, lo que afecta a 8.000 estudiantes y se han destruido 36 internados y cuatro centros de capacitación de maestros.



Como lo he señalado antes, el terrorismo no afecta solamente a la economía, la educación y la salud sino también a los hombres y mujeres mozambiqueñas, a los niños, a los jóvenes y a la familia mozambiqueña, como lo ilustran estas cifras: 1.100.000 personas han sido desplazadas de sus hogares habituales de trabajo y de sus residencias; 800.000 de este total están en países vecinos; 3.300.000 ciudadanos han sido afectados gravemente; 5.900.000 ciudadanos están en una situación difícil, afectados por severa escasez, tanto en las zonas rurales como urbanas; 200.000 niños están en situación difícil; fundamentalmente son huérfanos, niños abandonados y otros que han sido utilizados por los terroristas para llevar a cabo sus actos criminales. Además, hay gran cantidad de ciudadanos mutilados y con incapacidad física.

Debido a este escenario deprimente de las condiciones socioeconómicas se presentó el programa de recuperación económica y el programa de emergencia. Como resultado de la aplicación del primero fue posible invertir la tendencia descendente de la economía que tenía lugar en estos últimos años. Para ilustrar esto se puede indicar que los datos disponibles para los primeros seis meses de 1988 sugieren un crecimiento total económico del 5%. Este porcentaje es mayor que el registrado en 1987 cuando el producto interno bruto experimentó un 4% del crecimiento. Este crecimiento se debe primordialmente a la evolución positiva en el sector agrícola.

A pesar de esta tendencia positiva, la situación económica y financiera en nuestro país sigue siendo difícil. La deuda externa sigue constituyendo un peso enorme para nuestra economía, condicionando negativamente su crecimiento. Si bien ha habido un progreso considerable en el proceso de reprogramación de la deuda, no ha habido una aplicación generalizada de las condiciones más favorables que hemos estado buscando. Esta situación lleva a la fuga neta de recursos y así se impide la distribución financiera requerida para el desarrollo de los sectores productivos de la economía.

Por lo tanto, esperamos que el consenso a que se llegó en la cumbre de Toronto con respecto a las medidas de alivio de la deuda para los países africanos de bajos ingresos será aplicado vigorosa y expeditivamente por todos los acreedores. Exhortamos a nuestros asociados de los países desarrollados a que renueven los esfuerzos tendientes a reducir en forma efectiva la deuda y las obligaciones del

servicio de la deuda. A la vez, a pesar de sus dificultades, nuestro país continuará haciendo todo lo posible para pagar sus obligaciones de endeudamiento externo.

Aguardamos con grandes esperanzas la próxima segunda reunión de los países donantes en apoyo de nuestro programa de recuperación económica, que se celebrará en París en noviembre próximo. Abrigamos la esperanza de que esta reunión movilice los recursos necesarios que nos permitan avanzar y pasar a la segunda fase de nuestro programa de recuperación económica que contempla la rehabilitación de nuestra infraestructura.

Para hacer frente a la situación de emergencia, nuestro Gobierno ha tenido que movilizar recursos internos y externos. En abril de este año se celebró en Maputo, con resultados satisfactorios, la Segunda Conferencia Internacional sobre Asistencia Humanitaria. Nos sentimos especialmente alentados por el hecho de que la comunidad internacional haya reconocido que es imperativo suministrar al pueblo afectado los medios de producción, materiales de construcción y otros medios necesarios para la recuperación de la infraestructura destruida o dañada por los actos criminales de los terroristas armados, a fin de permitir que el pueblo afectado reanude su forma normal de vida y de producción y pueda volver a mantenerse con su propio esfuerzo.

Deseo aprovechar esta oportunidad para expresar nuestro agradecimiento al Secretario General, Sr. Javier Pérez de Cuéllar, a los gobiernos donantes, a las organizaciones y organismos del sistema de las Naciones Unidas, a las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales, así como a las instituciones humanitarias y religiosas, por el apoyo que le han brindado a nuestro pueblo.

Permítaseme que ahora me refiera a la situación en el Africa meridional. Hace unas pocas semanas, el Presidente de la República Popular de Mozambique, Su Excelencia Joaquim Chissano, describió la situación de la región en los términos siguientes:

"El Africa meridional atraviesa por procesos contradictorios. Uno de ellos es el conflicto arraigado en el pasado colonial, en la persistencia de las ambiciones de dominio y en la sobrevivencia del apartheid, sistema político que se basa en la desigualdad de los hombres y en la discriminación racial. El otro proceso es el de la solidaridad entre los pueblos y Estados que unen sus esfuerzos y combinan sus recursos para fomentar el desarrollo económico y social."

La situación en el Africa meridional no podría haberse caracterizado en mejores términos. Efectivamente, los Estados de la línea del frente se percataron desde un principio que sus destinos están íntimamente vinculados a una historia común de dominio, de colonialismo y de explotación. Por consiguiente, han visto que la única forma de salir de la servidumbre y de los intereses extranjeros es aunar sus recursos y potenciales.

El apoyo moral, político, diplomático, material y militar que los Estados de la línea del frente prestan a la República Popular de Mozambique es una manifestación de esta solidaridad. Cuando la sangre de los soldados de los países hermanos de Zimbabwe y de Tanzania se mezcla con la de nuestros soldados para salvaguardar la soberanía, la independencia y la integridad territorial, esta solidaridad reviste una dimensión histórica. Mozambique, a su vez, aportó una contribución modesta a la lucha de liberación de otros países y pueblos. Angola si bien atraviesa por condiciones difíciles, ha ofrecido su territorio como base para luchar por la independencia de Namibia, al igual que lo hicieron Tanzania, Zambia y otros países.

La Conferencia de Coordinación del Desarrollo del Africa Meridional (SADCC) constituye una materialización de este objetivo común y la afirmación de la voluntad unánime de los países de nuestra región de liberarse de la opresión y del dominio económico por medio de la integración de su potencialidad económica, sobre la base de la solidaridad y la cooperación. Esta solidaridad es un factor importante para el establecimiento y el mantenimiento de la paz, la estabilidad y la seguridad en la región. La República Popular de Mozambique se enorgullece de formar parte de esta acción de solidaridad. El Africa meridional debe su futuro de paz y prosperidad a esta unidad, cohesión y solidaridad.

No obstante, en esta empresa tropezamos con factores negativos y destructivos que se deben eliminar con urgencia. Concretamente, nos referimos a la persistencia de valores que son anacrónicos y abominables como sólo lo puede ser el apartheid. En Sudáfrica, estos factores se manifiestan mediante la institucionalización de la desigualdad, la discriminación racial, la injusticia, la división, la despersonalización, la opresión y el rechazo a reconocer los derechos fundamentales de la mayoría del pueblo.

En Namibia, aún persiste el colonialismo, que representa una fuente de violencia y conflicto. En otras palabras, el colonialismo constituye un obstáculo serio a la paz y al desarrollo.

Ya han comenzado las iniciativas de paz destinadas a lograr una solución negociada para estos problemas. Las negociaciones cuatripartitas con intervención de Angola, Cuba, Sudáfrica y los Estados Unidos son acontecimientos que se ajustan a los deseos de la región y del mundo. Es nuestro deber alentar a las partes interesadas a que procedan con seriedad y responsabilidad en el proceso de negociación para garantizar su éxito y su ejecución. También elogiamos los esfuerzos emprendidos por el Secretario General para dar aplicación a la resolución 435 (1978) del Consejo de Seguridad.

Dentro del marco de las iniciativas de paz en la región, se celebró en Songo una reunión cumbre entre la República Popular de Mozambique y Sudáfrica. Su objetivo fue asegurar la aplicación, tanto en la letra como en el espíritu, de los compromisos contraídos en Nkomati. Estos acontecimientos no podían, ni en forma alguna debían, utilizarse como pretexto por algunos miembros de la comunidad internacional para no cumplir con sus deberes y responsabilidades de contribuir a la erradicación del sistema de apartheid.

Sabemos que estos esfuerzos sólo pueden traer la paz y la estabilidad si Sudáfrica cumple con sus obligaciones. Por esta razón, la comunidad internacional debe intensificar la presión que ejerce sobre Sudáfrica para que elimine su política de apartheid y se comprometa en el proceso de negociaciones que lleve al establecimiento de una sociedad democrática en ese país.

Una paz justa y duradera en Sudáfrica exige que se le ponga fin al estado de emergencia, represión y violencia, así como también a otras medidas adoptadas por el régimen sudafricano con miras a silenciar las voces de la justicia y la razón. También exige la liberación de Nelson Mandela y de otros prisioneros políticos con quienes el régimen debe entablar un diálogo para poder encontrar una solución justa y equitativa a los problemas de Sudáfrica. Negarse al diálogo con los representantes legítimos y auténticos de la mayoría del pueblo de Sudáfrica sólo puede atrasar aún más la solución del problema y, por cierto, derivar en una mayor tirantez en Sudáfrica y en toda la región.

La República Popular de Mozambique reitera su apoyo al Congreso Nacional Africano (ANC) y a la Organización Popular del Africa Sudoccidental (SWAPO), los auténticos representantes de los pueblos de Sudáfrica y de Namibia, respectivamente.

Además, la República Popular de Mozambique reitera que está dispuesta a contribuir en el proceso de negociaciones que actualmente se está llevando a cabo en el Africa meridional.

Al pasar revista a la situación internacional no podemos dejar de expresar nuestra enorme satisfacción frente a la tendencia positiva de la que somos testigos en estos últimos años. Sin duda, es un factor que da motivo a nuevas esperanzas para el futuro de las relaciones internacionales el clima de diálogo que existe entre las dos Potencias nucleares más importantes. Somos testigos de que cada vez más se recurre a las disposiciones previstas en nuestra Carta para la búsqueda de soluciones a los conflictos. Son alternativas pacíficas que se basan en las normas más elementales que rigen las relaciones entre las naciones.

En este contexto, podemos citar conflictos muy delicados, como la guerra entre el Irán y el Iraq, el Sáhara Occidental y el Asia Sudoccidental, como ejemplos de la función importante que pueden desempeñar las Naciones Unidas cuando se les da la oportunidad de mantener y preservar la paz. Esperamos que se dé cumplimiento al compromiso contraído por las partes interesadas y que la paz, la estabilidad y la seguridad puedan prevalecer en esas regiones.

En el Africa sudoriental existe la voluntad de iniciar un diálogo. Abrigamos la esperanza de que esta voluntad se materialice para que, lo antes posible, pueda dar los frutos que contribuyan a reducir las tiranteces en la región. El Chad y Libia han dado un ejemplo de madurez política al recurrir a medios pacíficos para solucionar el conflicto que mantienen.

América Central también aspira a la paz y la estabilidad, objetivos que sólo pueden alcanzarse cuando existe el respeto por el principio de no injerencia en los asuntos internos de los países de la región. Se debe alentar el diálogo actual. Queremos reiterar nuestro reconocimiento a los esfuerzos que ha emprendido el Gobierno de Nicaragua para encontrar una solución pacífica a los problemas de la región.

Si bien saludo esta tendencia positiva de las relaciones internacionales, no puedo dejar de señalar que todavía existen otros retos.

La cuestión de Palestina, que es el meollo del problema del Oriente Medio, debe encontrar una solución rápida e inmediata para que se pueda establecer una nación palestina en condiciones de paz, libertad e independencia en su propio territorio. Consideramos que una conferencia internacional de paz sobre el Oriente Medio contribuiría a una solución de este problema. Por ende, deseamos subrayar que esta conferencia debe convocarse urgentemente.\*

---

\* El Presidente vuelve a ocupar la Presidencia.

Del mismo modo, debe hallarse una solución urgente para el conflicto existente en Timor Oriental, ya que fuerzas extranjeras han invadido y ocupado ese Territorio. Esperamos sinceramente que el Secretario General pueda reactivar el proceso conducente a la libre determinación e independencia del pueblo de Timor Oriental, de conformidad con las resoluciones pertinentes del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General.

La reunificación de la nación coreana todavía no ha tenido lugar a pesar de diversas iniciativas y de repetidos esfuerzos en ese sentido, que apoyamos. Esperamos sinceramente que llegue el día en que una Corea unificada sea admitida a nuestra familia.

Confiamos en que se respete el consenso alcanzado en el Comité Especial del Océano Indico que estableció el año 1990 como fecha para la convocación de la Conferencia de Colombo. Por consiguiente, debiera comenzarse con la adopción de las medidas correspondientes para garantizar su éxito.

Verdaderamente son enormes los sacrificios que nuestro pueblo ha sufrido a fin de defender su libertad e independencia. A pesar de las campañas generalizadas de terror y de los crímenes cometidos contra nuestro pueblo, así como de la destrucción de la infraestructura económica y social, el pueblo de Mozambique se mantiene incólume en la defensa de su patria y en la construcción de un futuro de paz, progreso y felicidad.

En pos de tales objetivos, acariciados no sólo por nuestro pueblo sino también por todo el mundo, hemos transitado un camino duro y difícil durante más de 25 años.

Deseamos la paz. Sólo con la paz podremos reconstruir nuestra patria, utilizar todo el potencial disponible de nuestro país, hacer extensivos a toda la población los programas en materia de salud y educación, y erradicar el hambre, la carencia de vestimentas, la miseria y el subdesarrollo.

Deseamos reiterar nuestro llamamiento a la comunidad internacional a fin de que continúe brindando su asistencia y apoyo a nuestra población de modo que lo antes posible podamos aliviar sus sufrimientos y alcanzar una paz perdurable.

La lucha continúa.

Sr. ANDREOTTI (Italia) (interpretación del francés): Sr. Presidente:

En nombre del Gobierno italiano y en el mío propio, deseo testimoniar a usted las felicitaciones más sinceras con motivo de su elección. Nos alegramos de que este honor haya recaído en el representante de un país con el cual mantenemos relaciones de amistad de antigua data, nutridas con la presencia en tierra argentina de una importante comunidad italiana. Sus cualidades y su experiencia son garantía del éxito en el ejercicio de las altas funciones que se le han confiado y que la actualidad política internacional, por la esperanza que suscita, que no dejaremos que desaparezca, torna especialmente delicadas.

Permítaseme asimismo expresar nuestro reconocimiento al Presidente saliente, que cumplió con devoción y eficacia sus deberes de conformidad con el mandato que la Asamblea le confiara el año pasado en un período difícil para nuestra Organización.

En nombre del Gobierno italiano y en el mío propio, deseo expresar finalmente nuestro agradecimiento al Secretario General de las Naciones Unidas. Fiel a la tradición jurídica de América Latina, ha podido afrontar con gran perspicacia política, con devoción y con excepcionales condiciones de negociador, situaciones en las que otros habrían fracasado. Merced a su compromiso generoso en favor de la paz y la seguridad, en la búsqueda de soluciones negociadas y en su defensa firme de los principios de la Carta, el Secretario General ha podido y puede contar siempre con el apoyo sin reservas del Gobierno italiano.

Los vientos de la historia parecen soplar en nuestros días en una dirección adecuada. Lo demuestran la confianza y la sinceridad del diálogo entablado entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética, así como la eficacia del papel desempeñado por las Naciones Unidas respecto de crisis y conflictos regionales.

Profundamente consciente de sus responsabilidades internacionales, Italia aporta su colaboración plena a esta evolución.

El camino recorrido por las dos grandes Potencias en la esfera del desarme constituye el testimonio de que mucho ha cambiado durante los últimos 12 meses transcurridos. Se han registrado transformaciones positivas que abren nuevas perspectivas de estabilidad, especialmente en Europa. El Gobierno italiano ha contribuido a ello mediante su acción propia y sus iniciativas dentro del marco de la alianza atlántica y el de la Comunidad Europea.



La concertación del Tratado para la eliminación de misiles de alcance intermedio y de alcance menor reviste una importancia singular: ante todo, constituye una forma nueva de abordar los problemas del desarme toda vez que, por vez primera en la historia de la humanidad, enormes cantidades de armamentos serán destruidos no en operaciones de guerra sino, por el contrario, como consecuencia de una negociación. En este sentido, deseo subrayar que este Tratado, con las medidas de verificación necesarias que prevé, representa un modelo que debiera imitarse y aplicarse asimismo en otras esferas.

Abrigamos la legítima esperanza de que el acuerdo sobre la reducción de la mitad de los arsenales estratégicos de las dos grandes Potencias pueda concertarse oficialmente. Saludamos, al mismo tiempo, tanto la dedicación constante del Presidente Reagan por el progreso del diálogo al más alto nivel con la Unión Soviética, así como el dinamismo valeroso puesto de manifiesto por el Secretario General Gorbachev en sus decisiones de política internacional.

En lo que atañe al desarme, más que en otras esferas, la comunidad de los Estados tiene un papel que desempeñar a fin de que los acuerdos bilaterales se extiendan progresivamente hasta alcanzar a todos los tipos de armas existentes en la Tierra.

En vista de los resultados alcanzados, se trata hoy de alejar los riesgos de cambios bruscos. Una empresa de esta naturaleza interesa a todas las naciones y debiera ser tarea para una organización convencida de la fuerza de su universalidad y de la necesidad de hacer pleno uso de todas las posibilidades que ofrece un clima internacional más sereno.

Lamentablemente, los acuerdos entre las dos grandes Potencias todavía no han podido dar resultados apreciables en las diversas instancias multilaterales.

Los trabajos del tercer período extraordinario de sesiones de la Asamblea General dedicado al desarme no pudieron llegar a una conclusión concreta. Por cierto, no subestimamos el aporte de esa reflexión común para fortalecer la eficacia de los mecanismos en lo que atañe a la claridad de los presupuestos militares, así como para profundizar el análisis de los principios en que debieran inspirarse los sistemas de verificación de los acuerdos sobre limitación de los armamentos a fin de brindar, ante todo, más fuerza a las iniciativas de los órganos de las Naciones Unidas en las actividades vinculadas directa o indirectamente con el desarme.

Esas reflexiones, sin duda, son valiosas. Sin embargo, nuestra tarea no se limita a explicar y a expresar tales ideas. Es necesario actuar en consecuencia para concretar las buenas intenciones así como otras disposiciones favorables.

En la Conferencia de Ginebra no se registra progreso alguno desde hace algún tiempo en ninguno de los sectores examinados, ya se trate de la eliminación total de los ensayos nucleares o de la prevención de la carrera de armamentos en el espacio ultraterrestre, de la prohibición de las armas radiológicas o del programa mundial de desarme.

Las negociaciones no han avanzado más que en lo que atañe a las armas químicas, y aun muy lentamente en este caso. En un momento dado alentamos la esperanza de que dichas negociaciones concluyeran en el curso de este año, tal como lo expresáramos el Ministro de Relaciones Exteriores de la República Federal de Alemania, Sr. Genscher, y yo mismo en el pasado mes de febrero en Ginebra. Lamentablemente, no ha sido así, no obstante que el empleo de este terrible medio de destrucción en masa se señaló nuevamente a la atención de los gobiernos y de la opinión pública.

No subestimemos, por cierto, las dificultades técnicas que plantea la aplicación de verificaciones apropiadas en cada esfera. En mayo último organizamos en Roma un seminario internacional sobre este tema, que reunió a eminentes especialistas científicos. Las enseñanzas y las conclusiones que se derivaron de ese encuentro se refieren a la posibilidad de proceder a experiencias para verificar que en los ciclos de producción industrial no se produzca ninguna desviación hacia fines militares. Someteremos los resultados de estos trabajos a la atención de los gobiernos.

En el plano regional, los desequilibrios convencionales que existen en Europa son también una fuente peligrosa de inseguridad. Debemos, pues, investigar sin descanso para obtener a breve plazo resultados que permitan lograr una mayor estabilidad a niveles reducidos de fuerzas y de armamentos. A este respecto, los intercambios oficiosos de Viena sobre la elaboración de un mandato relativo a la negociación futura pueden resultar en adelantos considerables entre las partes sobre las cuestiones de fondo.

Debemos continuar actuando por todos los medios para elaborar un documento final satisfactorio en el plazo más breve posible.

Debo reafirmar aquí la validez del Acta Final de Helsinki, instrumento insustituible de las relaciones internacionales, que ha vinculado indisolublemente a los Estados Unidos y el Canadá al porvenir de los países y los pueblos del viejo continente.

En este ambiente general, cabe también esperar que Albania se sume al proyecto de toda Europa. Quisiera poder interpretar como un paso en esta dirección la decisión tomada muy recientemente por ese país de reanudar su participación activa en la Unión Interparlamentaria, que se apresta a celebrar, el año próximo, el centenario de su creación.

Para terminar con respecto al desarme en Europa, recordaré que Italia, en el marco de una reducción drástica de armamentos, persigue con carácter prioritario la eliminación de las asimetrías en las categorías ofensivas más desestabilizadoras; esta eliminación debería ser seguida de una reestructuración de los emplazamientos militares en una dirección defensiva.

Recuerdo, por último, que el propio Tratado sobre la no proliferación obliga a todos los signatarios, incluidos los países poseedores de armas nucleares, a entablar negociaciones tendientes, según las disposiciones expresas del artículo VI, a un tratado de desarme general y completo bajo control internacional riguroso y eficaz.

En cuanto a diversos aspectos de la actividad internacional, de los cuales algunos se cuentan entre los más delicados, el representante del país que ejerce actualmente la Presidencia del Consejo de la Comunidad Europea ya ha expuesto la posición común de los Estados miembros de ésta. La intervención del Ministro de Relaciones Exteriores de Grecia atestigua la actividad de los Doce en favor de una armonización de sus políticas exteriores respectivas, armonización que el Gobierno italiano desearía que fuera aún más manifiesta y más vasta. Por lo demás, estamos convencidos de que es necesario construir una Europa más unida y solidaria, que pueda afirmar progresivamente, especialmente a partir del Acta Unica Europea, su identidad y su papel en favor de un mundo libre y abierto a las aspiraciones de los distintos pueblos. Esta identidad y este papel corresponden, por otra parte, a lo que se ha conferido a los Acuerdos regionales en la Carta de las Naciones Unidas.

Las Naciones Unidas han obtenido recientemente resultados alentadores en la búsqueda de una solución para varias de las crisis internacionales más agudas y más complejas del último decenio. Los adelantos realizados son éxitos incuestionables para la Organización y su Secretario General, confirmando su tenacidad y sus altas cualidades de negociador.

Voy a citar en primer término las actividades de mediación que permitieron los acuerdos de Ginebra sobre el Afganistán.

En el caso del Irán y el Iraq, se ha producido una cesación del fuego y está a punto de comenzar un proceso de negociación directa entre las partes. Apoyamos sin reservas lo realizado por el Secretario General para consolidar, en el marco de la aplicación de la resolución 598 (1987) del Consejo de Seguridad, los resultados hasta ahora obtenidos. En el Consejo de Seguridad y por la vía bilateral continuaremos actuando a fin de que se restablezcan entre los dos países y en el Golfo las condiciones de seguridad y de estabilidad que son el requisito previo para la paz y el comienzo de las actividades de reconstrucción.

En lo que atañe a la cuestión de Chipre y con relación al diferendo del Sáhara Occidental, la búsqueda paciente de puntos de contacto parece abrir perspectivas de progreso.

Vivimos, así, un momento histórico particular en que surgen posibilidades cada vez más vastas para las Naciones Unidas, sea directamente, como en los casos que acabo de mencionar, sea indirectamente, para fortalecer y llevar a buen fin acuerdos obtenidos a nivel regional. El Africa meridional proporciona un ejemplo a este respecto, puesto que en Angola y en Namibia, las Naciones Unidas podrían

ser llamadas a facilitar y a garantizar la culminación de uno de los grandes procesos de descolonización de la historia.

Con toda seguridad, el papel de nuestra Organización es cada vez más activo. Se puede observar, por otra parte, que el ofrecimiento de mediación de los órganos de esta institución recibe cada vez más a menudo una acogida positiva y que constantemente parecen presentarse nuevas perspectivas de intervención.

Las nuevas posibilidades, las perspectivas de que acabo de hablar, se deben al cambio del ambiente en las relaciones entre las dos grandes Potencias mundiales y al mejoramiento general de las relaciones internacionales que aquél ha provocado.

Por primera vez desde 1945, desde la fecha misma de la aprobación de la Carta de San Francisco, las Naciones Unidas funcionan hoy en un contexto internacional bastante semejante al que los países fundadores habían imaginado y en el cual la colaboración internacional, la apertura al diálogo, el arreglo negociado de las controversias, en una palabra, el multilateralismo y el imperio del derecho, deberían predominar sobre la arbitrariedad y la utilización de la fuerza.

La convergencia actual de los elementos positivos podía permitir a las Naciones Unidas utilizar más ampliamente todos los medios previstos por la Carta. Esta es una gran ocasión, pero es también una gran incógnita. Una vez atenuado, y tal vez eliminado, el antagonismo Este-Oeste, queda por saber si los que estaban al margen de esta tensión, los que denunciaban en alta voz los perjuicios para la estabilidad y el progreso internacional, asumirán a su vez su responsabilidad. Es necesario ampliar las concepciones estrechas y regionales, eliminar la retórica y atenerse a los hechos, sintiéndose parte de un proyecto común. Es necesario que impere un espíritu de diálogo que todos pacientemente debemos tratar que sea más eficaz por nuestros propios actos.

Los éxitos que he enumerado han sido posibles por las actividades de mediación - lo repito - del Secretario General y sus colaboradores con el apoyo del Consejo de Seguridad. Este contexto es importante por su función y por los problemas que enfrenta, pero es también un marco estrecho y, a mi juicio, por cierto insuficiente, en virtud precisamente de las posibilidades inmensas de nuestra Organización.

Ha llegado el momento de poner a prueba estas posibilidades que se extienden a todos los órganos de las Naciones Unidas, inclusive esta Asamblea General. Debemos superar los antagonismos entre los grupos que tan a menudo caracterizaran la situación de estos últimos años. Esa actitud se impone para permitir que el sistema desempeñe el papel que la Carta le confiere, seguir la evolución de las relaciones internacionales y preservar así su credibilidad.

Una cosa es cierta: si el diálogo entre los Estados Unidos de América y la Unión Soviética se profundiza y la causa de la paz y las condiciones de la seguridad salen reforzadas de ella, no quedará excusa para aquellos países o grupo de países que hayan tratado hasta ahora, más o menos deliberadamente, de eludir su responsabilidad histórica.

Quisiera mencionar en especial los conflictos todavía pendientes.

El levantamiento de los palestinos en los territorios ocupados, desde el pasado mes de diciembre, es prueba inequívoca de la desesperación de una población obligada a vivir bajo ocupación durante decenios, sin el consuelo de una perspectiva política. Las diferencias entre árabes e israelíes y el problema palestino se ubican, por tanto, en el primer plano de la actualidad, recordando dramática y casi cotidianamente a la comunidad internacional la existencia en una zona neurálgica de una herida abierta que hay que restañar.

Somos conscientes de lo complejo del problema. Todos, incluidos los más interesados, nos preguntamos acerca de las salidas posibles y todos comprendemos que las medidas represivas nada pueden contra un movimiento a la vez general y espontáneo. Israel es un Estado miembro de esta Asamblea y tiene los derechos inherentes a esa condición. Eso debe reconocerse sin reservas, junto con su derecho a la seguridad que de ello se desprende. Y ello sin calificativos injuriosos de racismo. Hay que ayudar igualmente a palestinos y a israelíes, especialmente a las jóvenes generaciones, a salir del círculo vicioso infernal del odio y del enfrentamiento. Debemos animarlos a que inicien el diálogo y la cooperación, que abrirán nuevas perspectivas de desarrollo en todo el Oriente Medio.

Hoy es aún mayor nuestra convicción, compartida por la mayoría de la comunidad de los Estados, de que una conferencia internacional de paz abriría el camino a la definición de las normas y modalidades y además despertaría la imaginación y la inventiva, todo lo cual ayudaría a vencer los obstáculos y las prevenciones y conduciría a una solución global, justa y duradera del conflicto.

Hemos acogido con beneplácito la aceptación por los Estados Unidos de América del principio de la celebración de una conferencia internacional de paz y comprendemos los objetivos del compromiso personal y generoso expresado por el Secretario de Estado, Sr. Shultz, a través de su plan de paz.

Estoy convencido de que la solución del problema con que nos enfrentamos - a saber, la posibilidad de que todos los países de la región, comprendido Israel, vivan dentro de fronteras seguras y reconocidas y el derecho de los palestinos a tener su propia patria - no se facilita por quienes adoptan posiciones diversas que no se llevan a efecto. Creo que todos debemos empeñarnos seriamente en aplacar las hostilidades.

En el Oriente Medio también, la situación del Líbano sigue siendo motivo de preocupación ya que las dificultades institucionales de dicho país son muy alarmantes ya que ponen en peligro no sólo la coexistencia entre cristianos y musulmanes, coexistencia que el ejemplo libanés demuestra hace tiempo que es posible y que puede ser fecunda, sino también la unidad misma del Estado libanés.

En la región de América Central, tras los inicios alentadores de un diálogo a raíz de los acuerdos de Esquipulas, vemos con inquietud síntomas de radicalización que hacen más difícil la realización de las esperanzas de reconciliación general y el advenimiento de "la paz alegre para todos", como preveían el año pasado los Presidentes de los países de América Central, cuando convinieron, entre otras cosas, en la promisorio idea de un Parlamento común centroamericano.

Italia participa activamente en el diálogo político institucionalizado entre los Estados de la región y los países de la Europa comunitaria que apoyan constante y permanentemente, los esfuerzos de pacificación regional y desean que todos expresen la autentica voluntad política indispensable para reavivar este proceso en una dirección constructiva.

En cuanto a la región del Cuerno de Africa, en sentido amplio, merece la atención de esta Asamblea debido a las tensiones que en ella persisten. Estas tensiones y las consecuencias de los desastres naturales han dado como resultado desgraciadamente unas condiciones de vida inaceptables para cientos de miles de seres humanos.

El realismo y un verdadero espíritu de conciliación son elementos indispensables para consolidar los prometedores acuerdos y para hacer realidad soluciones políticas que lleven a esta región la paz necesaria para su progreso social y económico. Desde hace años Italia, dentro de sus actividades de cooperación, ha asignado prioridad al desarrollo de esta región y está dispuesta a hacer aún más si las condiciones lo permiten. A este respecto, Italia presta atención especial a la situación de Eritrea, donde nuestras actividades de cooperación y de ayuda humanitaria chocan con ciertos obstáculos que impiden su normal desarrollo.

Otra crisis es la de Kampuchea, que deja entrever ciertos signos de evolución positiva siempre que las partes lleguen a mantener los compromisos asumidos y se den las condiciones propicias a la formación de una coalición interna lo más amplia posible.



La historia de nuestro planeta aparece cada vez más como un movimiento unitario en el que toman parte, estrechamente ligados, los pueblos, las naciones y los diversos sistemas económicos y sociales.

En la coyuntura actual, eso no es una simple afirmación circunstancial. Por el contrario, una evolución de este tipo reviste importancia especial en momentos en que la humanidad, consciente como nunca de los riesgos de destrucción colectiva creados por el desarrollo del progreso científico y tecnológico, quiere por encima de todo encontrar los valores de la solidaridad y de la justicia.

Los trabajos de este cuadragésimo tercer período de sesiones de la Asamblea General no pueden pasar por alto esta nueva atmósfera favorable a la comprensión recíproca y a la búsqueda más intensa de campos de entendimiento.

Italia ha apoyado siempre el papel de las Naciones Unidas en la búsqueda de la paz y la seguridad internacionales. Nuestra presencia en el Consejo de Seguridad expresa nuestra preocupación y nuestra actuación se asienta sobre los principios del fomento de las funciones del Secretario General y del recurso constante a la persuasión para procurar que las partes en conflicto lo solucionen pacíficamente.

Los éxitos obtenidos hoy por las Naciones Unidas confirman la validez del multilateralismo y la confianza que todos han de mantener en un sistema de acuerdos que haga progresar el derecho y limite cada vez más el recurso a la violencia.

En este contexto, creemos en el principio de la universalidad, principio fundamental que debe robustecerse y ampliarse, si ello es posible, mediante la actuación adecuada de los órganos de las Naciones Unidas y de los países Miembros. A este respecto, esperamos que se reanuden los contactos entre las dos Coreas y que lleven a resultados positivos, a fin de que también allí se aplique el principio de la universalidad.

Por otra parte, es preciso dar a nuestra Organización común los medios necesarios para solucionar la crisis presupuestaria por la que atraviesa y asentar sobre una sólida base financiera las operaciones de paz que todos deseamos ampliar y consolidar para dar una vida nueva a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

Nuestra Organización no puede ir a rastras de los acontecimientos; por el contrario, debe anticiparse y mirar adelante para comprender y dar satisfacción a

las profundas exigencias de nuestros pueblos y reducir los desequilibrios tremendos que emponzoñan todavía las relaciones entre las naciones. En otras palabras, tenemos que aprovechar plenamente la oportunidad que se nos presenta de establecer un orden mundial garantizado por el imperio del derecho y la razón de la justicia.

El camino así trazado está lleno de obstáculos y de dificultades; pesan sobre nosotros limitaciones que hacen difícil el progreso. La comunidad internacional toda debe unir sus esfuerzos para triunfar. Nuestros pueblos expresan cada día con mayor vigor su aspiración a una mejor calidad de vida, a un medio ambiente más sano y mejor protegido, a liberarse de los enemigos de la sociedad y de la civilización, como son el oneroso endeudamiento de ciertos países, las crisis alimentarias periódicas, la contaminación atmosférica y marina, las consecuencias de una urbanización excesiva y la producción y utilización de drogas.

Ahora bien, poco se ha realizado hasta ahora contra estos enemigos, y pienso particularmente en la magnitud aterradora del fenómeno de la droga, que socava las propias bases de nuestra sociedad y destruye la juventud de nuestros pueblos, que es la esperanza de nuestro porvenir.

Congelemos la producción de estupefacientes mediante la aplicación de programas adecuados de ayuda al desarrollo económico y social y la reconversión de los cultivos en los países productores; debemos atacar el tráfico de drogas mediante una mayor cooperación judicial y policial y mediante la aplicación, convenida a nivel internacional, de medidas de control financiero que supongan el compromiso de congelar y de confiscar las ganancias de los traficantes de drogas. En definitiva, y quizá sobre todo, debemos atacar el uso ilícito de drogas adoptando todas las medidas de prevención adecuadas, educando y sensibilizando a la opinión pública, aprovechando para ello las considerables posibilidades de los grandes medios de comunicación, utilizando debidamente el período escolar y los períodos de tiempo libre, y aplicando programas de tratamiento, recuperación y rehabilitación a los toxicómanos.

La cooperación internacional en la lucha contra el uso de las drogas se hace tanto más necesaria cuanto que el fenómeno aqueja, aunque en diverso grado, a toda la comunidad de los Estados, ya que ningún país puede pretender verdaderamente que no está afectado. Se trata de un mal terrible del que padecemos todos - del Este al Oeste y del Norte al Sur -, que nos obliga a todos a que tratemos de eliminarlo resueltamente.

Asimismo, debemos tener en cuenta las consecuencias económicas, sociales, sanitarias y ambientales de la urbanización. Se ha podido calcular que en el año 2000 el 50% de la población mundial vivirá en megalópolis y que el fenómeno afectará particularmente a los países en desarrollo.

De tal manera, si resulta fácil imaginar las consecuencias que resultarán de la concentración de poblaciones en las ciudades, es difícil - al menos dados los conocimientos de que disponemos actualmente - identificar los remedios que puedan atenuar las anomalías, aunque sea parcialmente.

Quizá esta esfera concreta pudiera prestarse también a la cooperación entre los científicos, en un contexto donde la ciencia se abra aún más, poniéndose por encima de las barreras ideológicas, lo que constituiría un instrumento de progreso común y ya no más de competencia entre las naciones.

En la esfera de la calidad de la vida hay oportunidades para fomentar la cooperación internacional. Dada su vocación universal, las Naciones Unidas no pueden soslayar estos nuevos desafíos y, por el contrario, deben estar dispuestas a responder de manera convincente y adecuada.

No estoy en condiciones hoy de indicar el camino a seguir. Sin embargo, quizá convendría reaccionar ante los grandes desastres naturales - pienso, por ejemplo, en la situación en el Sahel -, o prevenirlos eventualmente mediante la creación de una fuerza permanente y polivalente de rápida intervención que sería puesta a la disposición del Secretario General. La creación de tal fuerza entrañaría el reagrupamiento de ciertas actividades que en parte ya son llevadas a cabo de manera satisfactoria y que confirmarían la vocación universal de las Naciones Unidas, reconocidas como el principal generador de la solidaridad humana.

Parecería presuntuoso predecir con exactitud lo que será nuestro porvenir y cuáles serán las estructuras de nuestra sociedad a escala mundial.

Sin embargo, el espíritu que animó a los autores de la Carta de San Francisco conserva toda su fuerza en lo que se refiere al deseo de que las Naciones Unidas y sus mecanismos sean un elemento de transformación profunda de las relaciones entre los Estados. En resumidas cuentas, sólo un organismo profundamente original puede favorecer una armonización entre los pueblos que posean culturas y sistemas tan diversos, excluyendo la sospecha y el recelo para reemplazarlos por relaciones de cooperación.

Ha llegado la hora de lanzarse a esta empresa, pues debemos entender que los principios y propósitos enunciados en la Carta de las Naciones Unidas no podrían afirmarse de manera perdurable en un contexto parecido a aquel que subsistía hasta hace poco tiempo, cargado de fuertes tiranteces entre las dos Potencias mayores. ¿Es entonces posible que el proceso de reconsideración en curso en las relaciones de los Estados Unidos de América y de la Unión Soviética permita lograr tales objetivos? Una respuesta decididamente afirmativa a esta interrogante correría a mi juicio el riesgo de aventurarnos en una profecía. Limitémonos, sobre todo, a comprobar que existen hoy condiciones para un cambio y que los elementos necesarios para tal evolución aparecen poco a poco, aunque no siempre se perciben de manera clara y completa.

Un orden más equilibrado, inspirado por los principios de la justicia, a nuestro juicio es, antes que cualquier otro proyecto, la perspectiva más idónea para el año 2000. Probablemente no pueda ser de otra manera si, como enseña Platón, todo individuo, todo Estado que falte a la justicia, cultiva en su seno el germen de su propia destrucción. Lo mismo se aplica hoy en día a la humanidad entera.

Se levanta la sesión a las 13.15 horas.